TÍTULO : EN BUSCA DE LO PERDIDO

SEUDÓNIMO: MAGGIE

TEMA : RESILENCIA MI EXPERIENCIA

“EN BUSCA DE LO PERDIDO”

La palabra “Reciente”, la vine a escuchar hace poco tiempo, sin reflexionar en su significado, y precisamente esa palabra, me hizo recordar la historia de una mujer, quien a pesar de haber sido humillada, despreciada y menoscaba por muchos, fue capaz de descubrir su fortaleza, tomar sus propias decisiones, luchar contra todo prejuicio y finalmente recuperar aquello que consideraba perdido.

Su historia, con mucho respeto y admiración la quise plasmar en un cuento.

Recuerda lo impactada que quedó al salir de la ducha y observar su cuerpo desnudo frente al espejo. Sus caderas anchas, sus pechos crecido y sus pezones cambiado de color, además de sentirse fatiga y con náuseas. Preocupada por su estado, decide consultar a un médico, imaginando que eran síntomas propios de la menopausia, debido a sus cuarenta y cinco años.

El doctor, sorprendido, le dice: “Felicidades mujer, estas embarazada”, enseguida le entrega un listado de exámenes que debía hacerse, recomendándole hacer reposo. Incredula le hizo repetir más de una vez aquello que nunca hubiese querido oír. Quedó en shock, sintió que le faltaba el aire para respirar, enseguida salió de la consulta y comenzó a caminar sin rumbo.

Al llegar a su casa, entra directo a su cuarto, tumbándose en la cama, llorando desconsoladamente. No fue capaz de tomar el té con su madre como de costumbre. Esa noche, como tantas sufrió de insomnio. No sabía cómo iba a enfrentar a su esposo, hijos, ni menos a su amante, con quien se encontraba a escondidas hacía ya varios meses.

Al confirmar su embarazo, acudió a confesarse con el sacerdote que bendijo su matrimonio. Este le enrostró su pecado, la vergüenza, la deshonra y otras tantas palabras que la hirieron profundamente. Finalmente le aconsejó entregar a su hijo en adopción- ofreciéndole ayuda para aquello.

Al visitar a su amante, este la recibió como de costumbre, intentó quitarle la ropa para desnudarla y llevarla al dormitorio, donde vivían su amor fugaz y en la clandestinidad. Le pide calmarse, alejando su cuerpo del suyo. Temblorosa y con

voz atragantaba, le cuenta sobre su embarazo. El, clavó su mirada en su rostro por unos segundos, desfigurado de furia, se lleva sus manos a la cabeza y comienza a insultarla, dudando de su paternidad. Sin embargo, ella no tenía dudas que él fuera el padre del hijo que esperaba- con su esposo no tenía intimidad por más de un año y dormían en piezas separadas-. Al rato la saca a empujones, lanzándole algunos billetes para que se practicara un aborto. No fue capaz de reaccionar ante tan cruel humillación. Las palabras de aquél hombre retumbaban como un trueno en su cabeza.

Después de ese amargo episodio no volvió a visitar a su amante. Su barriga cada día crecía más, la ocultaba con ropa holgada y una faja, solo al acostarse la dejaba libre para acariciarla. Una tarde, mientras preparaba la cena, se acerca su madre, preguntando si tenía algo que decir. Bastaron aquellas palabras para que se lanzara a sus brazos a llorar desconsoladamente. Antes de pronunciar palabra, le pregunta cuantos meses de embarazo tenía, sabía que no era de su marido, pero prefirió no preguntar, susurrándole al oído cuanto la amaba. En ese instante le inunda la vergüenza, el arrepentimiento y el pecado, pero ya era tarde para aquello.

A los ocho meses de embarazo, se armó de coraje, entró a la habitación de su marido y con voz temblorosa le contó de su estado. Aquella confesión clavó como una daga en su pecho. Ofuscado y ciego de rabia, terminó por lapidarla. Cuando se hubo calmado, le exige que al momento de nacer la guagua, la diera en adopción- no iba a permitir que llegara a la casa con un hijo fruto del pecado-.

En esos momentos pudo entender sus palabras de odio y rencor, pero ya nada podía hacer, no bastaba con pedir perdón. Se queda paralizada como una estatua frente a él. Desde aquél momento, su marido y sus dos hijos la ignoran, no le dirigen la palabra, solo su madre le presta apoyo y contención. Deambula como una sombra en su propia casa.

La tarde del veintidós de septiembre, comienza a sentir fuertes contracciones, mordiéndose los labios de dolor. Su madre sin saber qué hacer, solo seca el sudor de su frente. Como pudo se dirige a la habitación de su esposo, afirmando su

barriga, suplicándole que la llevase al Hospital, lo que él asintió. Antes de ingresar a pabellón, le recuerda que debe regresar sola a la casa, besándole la frente al despedirse.

Ese mismo día alrededor de las 22.00 horas, dio a luz a una hermosa niña. La enfermera la pone en su pecho por unos segundos. Se estremece al oír su llanto, sus lágrimas brotan sin permiso de sus ojos, envolviendo su rostro como respuesta a una verdad cruda que debe enfrentar. Por unos segundos piensa que no la volvería a ver, sin embargo, al cabo de unas horas, se la llevan para amamantarla. Aquellos días que tuvo a su hija, sintió que aún estaban unidas por el cordón umbilical.

Al cuarto día, llega su marido para llevarla de regreso a casa, acompañado de una Trabajadora Social para retirar a su hija. Al despedirse la besa y la amamanta por última vez, pidiéndole perdón por su cobardía y por no ser capaz de luchar para retenerla a su lado. Pidió a Dios que fuera acogida en una buena familia donde recibiera mucho amor. - Finalmente la entrega.

Su hija fue llevada a una casa grande con varias habitaciones, rodeadas de cunas blanca, rosadas, celeste y móviles musicales. Unas señoritas vestidas de blanco entran y salen del cuarto donde estaba su pequeña, solo para observar si los bebés duermen o lloran. Solo se acercan para alimentarlos, cambiarle sus pañales y hacerlos dormir. Por reglamento no pueden hacerles cariño.

Ante la Trabajadora Social y enfermera firma unos papeles para ceder a su hija en adopción, decisión que luego debe ratificar ante un Juez.

Sus pechos estaban hinchados, le prohíben seguir amamantando a su hija, para no crear vínculo, le dijeron. Un doctor le da unas pastillas para secar su leche-con ello solo queda el recuerdo de la cicatriz en su cuerpo y corazón-.

A los diez días de nacida su hija, acompañada por una abogada, se presenta ante una Jueza, luego la invita a pasar al escritorio de una actuaria donde comienza a relatar lo sucedido, ella escribe velozmente sin levantar la cabeza. Al finalizar, le

pasa un papel para que lo leyera antes de firmar. La mira con ternura, preguntando: ¿amas a tu hija? Sintió que le faltaba el aire para contestar aquella pregunta inquisidora, calla por unos segundos, solo asintió con la cabeza. De pronto se levanta de la silla diciendo “por supuesto que la amo”, precisamente por ese gran amor, la entrego en adopción, no tengo otra opción- le dijo-.

Quería que su hija fuera acogida por una familia donde recibiera mucho amor, ese amor que en su casa jamás lo iba a tener. Al término de la entrevista, la funcionaria conmovida, toma de su mano, diciendo que no todo estaba perdido, que luchara por recuperar a su hija, despidiéndose con un abrazo cariñoso, dándole un plazo de siete días para ratificar su decisión.

Se retira confusa, insegura, pero al pensar en su marido, en sus hijos le inunda el temor y la angustia. Antes que se cumpliera el plazo, pide hablar con la actuario que llevaba su caso. Esta la escucha atentamente sin emitir juicio, insistiendo que luchara por recuperar a su hija. Le habla de lo divino y lo humano, de lo maravilloso que era ser madre después de los cuarenta años, compartiendo su propia experiencia.

Le brindó tanta confianza que le dio su número telefónico personal para que la llamara cuando quisiera. A medida que iban pasando los días y se acercaba el plazo fatal, sus dudas se acrecientan, se angustia al pensar que perdería para siempre a su hija. La imagina correr, reír, peinar de sus cabellos y disfrutar de su inocente sonrisa. Luego reacciona y sigue pensando que la adopción es lo mejor.

Una tarde, llamó a la funcionaria, con quien se había hecho cercana por el apoyo incondicional que le había brindado, invitándola a su casa para que conociera el ambiente hostil de su familia, exceptuando su querida madre. Conversaron de diversos temas, sin mencionar el proceso de adopción e incluso participó su marido y sus hijos- fingiendo ser una familia feliz-.

Faltaba solo un día para tomar la decisión final-recordándose también la abogada. Esa noche fue la más larga de su vida, debía definir el futuro de su pequeña. Llena de coraje, sin importar las consecuencias, las humillaciones y desprecio que había

recibido de su familia, llama a la acturaria, le informa que pasaría al Tribunal a firmar, pidiéndole además la ropa de bebé que le había ofrecido. Puso a la Virgen María como escudo protector para defender a su pequeña.

Con una orden judicial, acompañada de su madre, retira a su hija. La abraza fuerte, y la llena de besos. Recibe una maleta llena de ropa y hasta una cuna que juntaron en el Tribunal. A pesar de la dicha de tenerla a su lado, siente temor de regresar a casa, sin embargo, está dispuesta a enfrentar al mundo entero y defender a su hija de quien se atreviese hacerle daño. Sigilosamente entran a la habitación de su madre, donde arman la cuna y en un mueble viejo guardan la ropa.

La abuela, con voz desgastada le canta a su nieta canciones del grupo Mazapán, “La Cuncuna Amarilla y la Chinita Margarita”. Al pasar los días y para no incomodar a su madre enferma, se acuesta junto a su hija en el sofá del living.

Al poco tiempo, siente una profunda pena al ver partir a su madre, pero su pequeña niña, a quien llamó Milagros, le dio fortaleza y valor para enfrentar el dolor de su partida.

Transcurrido nueve meses del nacimiento de su hija, se lleva una linda sorpresa, al ver como su marido la saca de la cuna al sentir su llanto, cargándola en sus brazos, haciéndole arrumacos hasta hacerla dormir. Al darse cuenta que lo observaba, le dice. “es hermosa nuestra hija”. Corre a sus brazos, emocionada, solo dice: ¡GRACIAS. Sus hermanos al poco tiempo también aceptan a su hermanita. Disfrutaban de su ternura y al ver su linda carita embetunada de comida o chocolate.

Jamás pudo olvidar el día que sus hijos la invitaron almorzar a un Restaurant, pero se inquieta a verlos murmurar. De pronto al son de la canción de Violeta Parra, “Gracias a la Vida” aparece su marido con un lindo ramo de rosas y un sobre en sus manos. Se acerca, le besa la frente, diciendo: Hoy nace nuestra pequeña hija, fruto de nuestro amor. Sus hijos aplauden emocionados, pidiendo a viva voz que abriera el sobre. Ella aún sorprendida, lo abre, encontrando en su interior un certificado de nacimiento, apareciendo el nombre de su marido como padre de su hija “Milagros”. Terminan todos abrazados como una linda familia.